

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 10 de Junio de 1897

Núm. 342

H. GERVAX



Pensativa



La última conquista

A todas las apasionadas declaraciones del marqués de Garavelli contestaba invariablemente la linda bailarina con un gesto de soberana indiferencia. Encogíase de hombros, hacía con sus purpurinos labios un mohín impregnado de gracia y de desdén, y sus ojos, sus ojos negros, rasgados, llenos de luz, dejaban caer una mirada entre orgullosa y compasiva sobre su anciano galanteador.

Porque el prócer había cumplido ya sus sesenta justos y cabales, cuando le entró aquella vehementísima chifladura por Ersilia Fieschi,

primera bailarina del Real; pasión senil que era la comidilla de las tertulias aristocráticas, de las peñas de l Casino y de las pláticas de bastidores.

Don Diego de Alcázares Murguía y Závalos, marqués de Garavelli, había pasado en otros tiempos por un conquistador temible y afortunado; pero al llegar á los cuarenta, después de su casamiento con una noble dama, había sentado el juicio, y durante cuatro lustros seguidos demostró ser varón juicioso y reposado, cual cumplía á su edad y á su posición social. Su esposa, fallecida tras quince años de tranquila unión, se fué al otro mundo con la convicción de haber tenido un cónyuge irreprochable. Durante el primer quinquenio de su viudez, D. Diego siguió mostrándose varón sesudo y apacible, apartado de seniles desvaríos. Pero bastó la aparición de la sugestiva danzarina veneciana, para que el respetable Senador del Reino diese un salto atrás, un salto de veinte á treinta años y sintiera renacer en su pecho todos los ardores de una juventud que todos creían muerta y enterrada. Las gracias voluptuosas de la Fieschi le volvieron loco, y como la deliciosa artista contestara á sus amaños y ataques con una negativa categórica, la locura amorosa del pobre marqués empezó á tomar caracteres alarmantes.

* * *

Una noche, en el *camerino* de la estrella coreográfica, el Senador aprovechó la ausencia de los moscones que generalmente acudían en los entreactos á ofrecer sus homenajes á Ersilia, para pintar en sentidos balbuceos los estragos que en su alma hacía el devorante amor por la bella ingrata. Interrumpióle ésta bruscamente:

—No sea usted pesado, marqués; admitiendo que me ame usted tanto ó más de lo

que asegura... ¿á mí qué?... Si tuviese que corresponder á cuantos me aman, ó mejor dicho, á cuantos me solicitan, estaría fresca.

—Es que yo la quiero á usted como nadie la ha querido, como nadie puede quererla, Ersilia...

—¡Vaya una frase tonta!... ¡y usada!... ¡Las veces que la he oído desde que empecé á pisar la escena!...

—Es usted cruel, Ersilia...—exclamó el marqués, con acento lastimero.

La joven hizo su acostumbrado y graciosísimo mohín.

—La amo á usted con tal delirio—prosiguió casi llorando el viejo galán—que esos desdenes me matan, créalo usted, me matan.

Las facciones del pobre Senador acusaban una aflicción tan sincera, que la artista le miró un momento con expresión compadecida.

—Bueno—dijo tras una pausa—concedo que usted me ame tal como lo asegura; pero... pero no basta amar... Es preciso probarlo.

—¿Cómo?... ¿de qué manera?—exclamó el de Garavelli, anhelante—dígame usted, Ersilia, cómo he de hacer para que usted me crea y le juro...

—¡Y yo que sé!...—declaró ella con gesto y acento bruscos.—Al hombre que jura cariño á una mujer es á quien toca buscar y encontrar los medios de llegar hasta su corazón, sin necesidad de que se los indiquen.

* * *

El marqués de Garavelli era rico; pero también avaro, según pretendían sus mejores amigos.

En todo caso el amor se sobrepuso á la avaricia: al día siguiente del transcrito diálogo, la bailarina recibía un soberbio aderezo: en el monísimo estuche de tafílete y raso azul celeste, con incrustaciones de oro, había un acopio de brillantes y rubíes por valor de seis mil duros.

La Fieschi se dignó dar las gracias al Senador y le felicitó por el exquisito gusto de la joya; pero cuando D. Diego se atrevió á indicar alguna frase indecisa y embarazosa respecto de la recompensa que podía esperar su galantería, la artista midió de alto á bajo á su adorador, con un aire tal de asombro y de desdén, que el viejo Cupido se quedó anonadado.

* * *

A los tres días, á la hora en que solía la joven dar un paseo por la Castellana, encontró á la puerta de su casa un preciosísimo cupé, al que estaban enganchadas dos yeguas inglesas *pur sang*, tascando impacientes el freno, cohibidas por la férrea mano de un imponente y rubicundo cochero.

Ersilia se mostró muy satisfecha, y aquella misma noche el marqués se vió tratado con suma amabilidad. Cuando se le despidió del *camerino*, la hermosa le permitió besar la punta de sus blancos y afila-



dos dedos, y el Senador se fué con el rostro congestionado y el corazón palpitando violentamente.

* * *

Pasó una semana, y D. Diego quiso coronar su obra y vencer las últimas resistencias con un obsequio espléndido.

Había llegado precisamente el momento de que Ersilia tomara posesión de un hotelito lujosamente amueblado en pocos días, gracias á la amorosa actividad y al dinero del marqués. Al levantarse la bailarina, su camarero le hizo entrega de un bulto que acababan de traer «de parte del señor marqués.» Deshizo el envoltorio de papeles, con ansiosa mano la linda veneciana, y vieron sus ávidos ojos una artística caja de bronce y plata que al abrirse puso en descubierto un rollo de papeles: los títulos de propiedad del palacete que debía habitar Ersilia, extendidos á su favor, y un capitalito de treinta mil duros en láminas del *Exterior*.

La Fieschi examinó atentamente los documentos, y luego dejó caer sobre la almohada de finos encajes su busto escultural y la hermosa cabeza sonriente y satisfecha.

Pero una idea súbita y desagradable debió de cruzar por su mente, ya que sus frescos labios se contrajeron con expresión de repugnancia.

* * *

Dada la última mano á su tocado, la Fieschi se disponía á salir de su cuarto para presentarse en escena.

Sentado en un rincón, el marqués la devoraba con los ojos, y ella, de vez en cuando se volvía, apartaba la vista del espejo para enviar al viejo una sonrisa. Estaba hermosísima, seductora: sus piernas y sus muslos, cubiertos por la malla de seda, se destacaban en provocativas curvas; el talle flexible y ondulante, los desnudos y torneados brazos, el mórbido seno que un incitante escote dejaba entrever y sobre el cual chispeaban con vivo centelleo el collar de rubíes y brillantes; la corta vaporosa falda de tules prendida de rosas, completaban, en fin, el más hipnotizante conjunto que pudiese soñar la codicia de un viejo libertino.

—¿Vienes ó me esperas?—preguntó Ersilia, con melosa expresión.

—Te esperaré...—repuso el marqués, cuyas sienes latían con violencia y sentíase incapaz de moverse en aquel instante.

Entonces ella se le acercó, inclinó su linda cabecita, pareció vacilar el espacio de un segundo y rápida posó sus labios sobre la boca sedienta del senador. Luego hizo un gracioso movimiento y escapó ligera...

Una oleada de sangre subió á las mejillas y á la frente de D. Diego; inyectáronse sus ojos; trató de ponerse en pie y bamboleó como un hombre ébrio; hincháronse espantosamente las venas, y con ademán angustioso llevó sus manos temblorosas al cuello; de sus fauces abiertas, que anhelantes querían aspirar una bocanada de aire, escapóse una especie de ronquido... y de pronto el desdichado se desplomó sobre el suelo.

Y en el coquetón retrete de la bailarina, impregnado de femeninos efluvios, quedó tendido el cadáver de un anciano, con el rostro violáceo, la boca torcida, ensangrentadas las pupilas.

JUAN BUSCÓN.

Cantares

Como el remo de la mar
que sale llorando á chorro,
así salí de tu casa
cuando te ví hablar con otro.

Elije entre yo y tu madre
y elije por mi persona;
tu madre tiene otras hijas
y yo no tengo otra novia.

Dime otra vez que me quieres,
no me cansaré de oirlo,
que el canto del ruiseñor
gusta siempre y es el mismo.

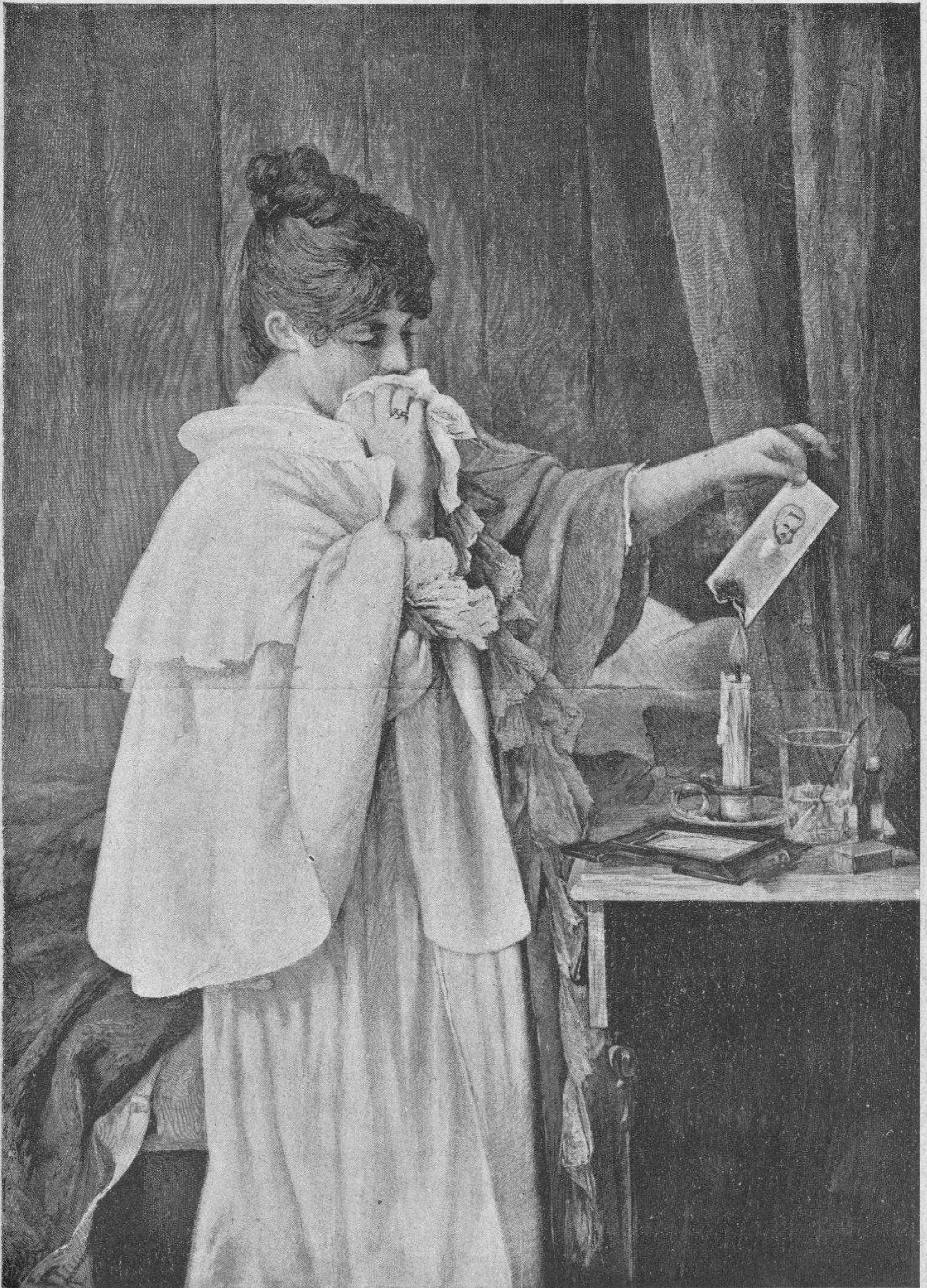
Que se tragaba la gente
decían de tu mamá;
y ella misma ha confesado
que no me puede tragar.

El viajero desde el tren
piensa que corren las viñas
y tú me llamas ingrato
siendo tú la que me olvidas.

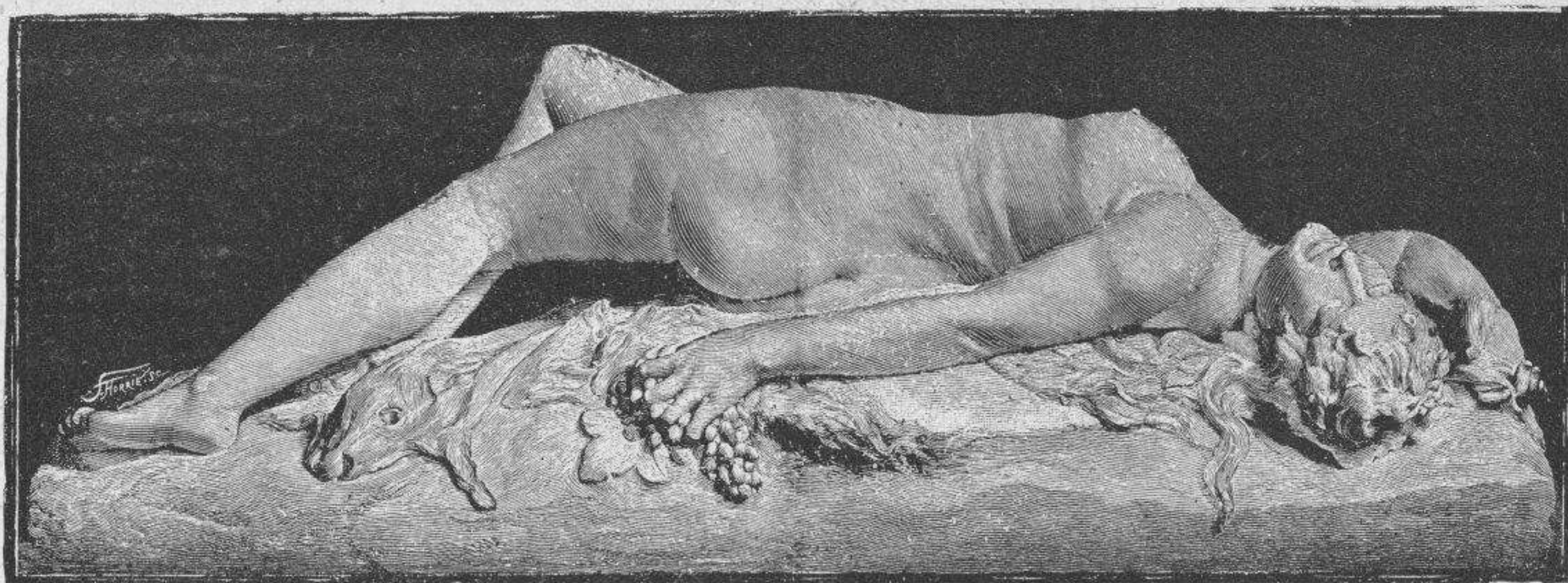
Madre, póngame una cinta
cosida en este retrato,
que me riñe el señor cura
si no llevo escapulario.

LUÍS ROYO VILLANOVA.

G. VORBEY



Ilusión que muere



Dormida

Cuestión de nombre

A D. MANUEL TORRES ORIVE

I

El hijo del barón era un buen mozo
Y la chica de Blas era muy bella.
El, de torcido y engomado bozo,
De formas llenas y robustas ella.
Ambos se conocieron un verano,
En que el joven, fumándose un pitillo,
Daba un paseito por el llano
A pique de cogér un tabardillo,
Mientras la niña hermosa,
En pie junto á la concha de la fuente,
Llevaba el cantarillo alegremente
Pensando en otra cosa.

II

—¡Carape! ¡Qué mujer! dijo avanzando
El nieto de los fieros infanzones,
Y fuese hacia la joven, ostentando
Aquellos anchurosos pantalones,
Que vencieran á tantos corazones
En la Rambla y la calle de Fernando.
Aquél Napoleón de las mujeres
Faltó de la moral á los deberes...
Dió la muchacha un grito
Diciendo:—Estése quieto, señorito,
Cual pudiera decir:—Sigue, si quieres.
Pero pasó el borrico del arriero
Cargado de basura,
Y la joven y el noble caballero
Dejaron *in incipium* la aventura
Tornándose á poblado
Cada cual por su lado,
El, renegando; la muchacha, pura.

III

Pero el demonio, confidente viejo
De tales liviandades y placeres

(Y que tiene la cara de conejo,
Según autorizados pareceres).
Enredó una mañana la madeja
Y consiguió perder á la pareja.
La niña, que apuró su amor primero,
Entregóse al galán con alma y vida,
Y el joven la adoró, mirando empero,
Por dónde encontraría la salida
De aquel atolladero.

IV

Y llegaron las brisas otoñales
Arrastrando las hojas
De los ya macilentos robledales,
Y nacieron las quejas y congojas
Y brotaron los lloros á raudales.
Una tarde, el carruaje del gomoso,
Arrastrado por potro vigoroso,
Huyó por la vereda
Levantando terrible polvareda.
Y cuando el viejo Juan, desesperado
Por verse deshonrado,
Arrojóse á los pies de su señora,
Pidiendo con el ansia del que llora
El honor de sus canas ultrajadas,
Lo arrojaron con cajas destempladas,
Como se dice ahora.

V

Hoy en día la anciana baronesa
Cuando, llevando en la mirada impresa
Su pasión maternal, olvida y calla
Aquella infamia que condena el cielo,
Suele á veces pensar:—Es un locuelo,—
Mientras que ruje Blas:—¡Es un canalla!

J. M.^a DE LA TORRE.

J. ULLASTRI



El collar de perlas



El testamento

En el fondo de aquella pesada cama de roble sin pulir, tan ancha como larga, baja y mullida, que ocupaba el centro de la amplia estancia que recibía luz y aire puro, impregnado de los aromas que del jardín subían, por dos grandes ventanas abiertas de par en par, agonizaba una mujer joven y hermosa, en cuyos ojos, próximos á extinguirse, brillaba la llama de la vida como fulgura con mayor viveza la lámpara que va á apagarse, el fuego que va á morir.

De pie, con una mano de la moribunda entre las suyas, un hombre miraba anhelosamente á aquella mujer. Las facciones tranquilas, gracias á un esfuerzo violentísimo de la voluntad, acusaban el cansancio, el dolor interno más punzante que el que se extereoriza, la amargura del jugador que ve caer sobre el tapete, con la carta contraria, la última esperanza de desquite. En la sinuosa línea de la boca elocuente, se advertía la contracción de la suprema angustia, y en los bruscos movimientos con que los nervios obligaban á contraerse los músculos, se adivinaba la lucha que en el cerebro se libraba entre la voluntad que obligaba á permanecer impassible al rostro y el dolor que pugnaba por estallar en sollozos.

—¡Juan!

—¿Qué quieres?

—¿Moriré muy pronto?

Aquella pregunta la formulaba una voz pura, en la que quedaban reminiscencias de ese miedo pueril que hace más cariñoso el acento de los niños cuando, temerosos, esconden la cabeza en el seno maternal; palpitaban esas inflexiones con que la mujer-niña pregunta al hombre que la ha iniciado en el eterno misterio, marcábase la esperanza que necesita de la agena confirmación para vivir.

—¡Carmen! ¡Carmen! Tú que sabes lo que te amo, tú que has tenido siempre confianza en mí, que sabes que nunca te he engañado ¿cómo puedes dudar de lo que tantas veces te he dicho? ¿No sabes acaso que tu vida es la mía? Mira (y señalaba su rostro en que la fuerza y la vida vencían cansancio y dolor), en tanto que veas rojos mis labios y firmes las líneas de mi cara, piensa que la Muerte no puede llegar. Lo que tienes, añadió con mimo, es el temor de la niña que no ha estado nunca enferma, el horror á las pócimas que tu dolencia te obliga á tomar, y, nada más. Estando mala de veras ¿tendría abiertas esas ventanas? ¿Correría el riesgo de que el aire te hiriera como agosta una flor de estufa? Esta mañana me ha dicho el médico que dentro de dos días estarías bien. La modista vendrá á probarte el traje de viaje de que te hablé.

La mujer estrechó su mano, y mirándole fijamente como si quisiera adivinar el efecto que iban á producir sus palabras, replicó con acento remiso y pausadamente para evitar el ahogo que la oprimía:

—¡Juan! ¡Juan mío! No te ofendas. Ya sé que nada ni á nadie quieres sino es á mí. Ya sé lo que vales y lo muy egoísta que ha sido la pasión mía haciendo que me dedicaras tu vida entera. Quizás por esto estoy castigada. Quizás la llama de tu pasión me ha quemado. Por eso mismo he querido que al dejarte no tuvieras que luchar con dos desgracias: con la de perderme y con la de tener que pensar en lo porvenir, tú que sólo, como yo, en el presente pensabas. Cuando ayer fuiste al campo á avisar á mi padre, porque yo te lo rogué, Juan, Juan mío, te engañé. ¿Sabes quién vino? No. Pues un notario. Yo, que jamás me he cuidado de intereses porque he tenido la suerte de ser rica, quise asegurar tu porvenir. Mira (y sacó un papel de debajo de la almohada), por este testamento te lego el palacio que habitamos, la quinta y el bosque en que hemos pasado tan felices horas, y la mitad de los títulos de renta que heredé de mi madre. Es la libertad, Juan mío; es la independencia. No frunzas el ceño. Es la última prueba del amor que por tí he sentido y que estoy segura de que ha de atraer la dicha sobre tí aun después de mi muerte.

Juan se casó siendo pobre. Hombre de gran talento y de un porvenir brillante de ha-

ber trabajado siquiera un poco para adquirirlo, entregado por completo á la dicha sobrehumana de un amor sin límites, dejó transcurrir los meses y los años sabiendo que sólo tienen un valor puramente convencional riqueza, honores, renombre. Y á los treinta y cuatro años, en aquel momento, no tenía nada suyo, él que habitaba un palacio y estaba servido por veinte criados. En tanto que hablaba su mujer, escuchándola con toda su alma, pasó sin embargo ante sus ojos la visión de la horrenda y deshonrosa miseria. de la lucha vergonzosa por el mendrugo, de los ojos que se desvían ante la mirada del miserable. Pero la vida, la riqueza, el bienestar, no valían nada sin aquel amor que daba las últimas llamaradas. Quiso que su mujer muriera ignorando que la Muerte llegaba; quiso evitar el helado estremecimiento que el aspecto de la repugnante Medusa engendra. Y besando en la boca á Carmen, aplastando con los suyos aquellos labios febricitantes para sentir el frío del esmalte de los dientes y para dar á la moribunda, con un postrer destello de pasión, el recuerdo del abrazo que estruja y del beso que hiere, le dijo:

—¡Loca! ¡Loca! ¡Afuera miedo! Vuelve á ser lo que siempre fuiste. Ese testamento es una locura. Y será preciso que te tranquilice como á los niños. La prueba de que no has de morir es que este papel lo rompen mis manos. Tú misma lo has dicho. Si tú mueres sin que yo herede, quedaré pobre como una rata, y ya sabes que la miseria me asusta.

Y mientras decía estas palabras, rasgó en menudos trozos aquel documento que para él representaba una fortuna.

Carmen sonrió como cuando, de pequeña, su madre la arrullaba contra su pecho. Fué su postrer sonrisa. ¿Era la emoción profunda y placentera lo que la ahogaba? ¿Era que el mal vencía?

Cuando Juan, inclinándose, la besó en la frente, sólo besó un cadáver.

Al día siguiente, después de haber acompañado el cuerpo de su mujer al cementerio, Juan volvió al palacio, mandó que pusieran su ropa en una maleta y marchó hacia lo desconocido, llevando el recuerdo de la muerta.

A. RIERA.

E. TILLY



Una fiesta de familia

Talión

I

¿Cómo? ¿Que la perdona? Si pudiera la perdonara yo; pero... ¡no puedo!
Entre mi amor y el suyo se levanta la sombra de un fatal remordimiento, que la salud me roba poco á poco, dándome la apariencia de un espectro.
¡No sabes lo cruel que es esa fiera!
¡A mí me causa repugnancia y miedo!

Hallarás bien extraño
que un amor como el mío, tan intenso, se haya trocado en odio; pues, te juro que la quiero olvidar... y la aborrezco. Nos unió la pasión. Ella es hermosa, como la realidad de árabe sueño; belleza que subyuga, que arrebató; de ojos grandes, rasgados y muy negros y labios donde bulle palpitando nidada de suspiros y de besos. Yo entonces estudiaba la historia de latinos y de helenos, y creía en amores y heroísmos. Mi juvenil cerebro albergaba las formas intangibles de Leandros y Heros. Era todo varón un Alcibíades; toda mujer Lucrecia, ó Safo al menos. Hoy varié de opinión. Hallo que el hombre fué malo en todos tiempos; miro las aguas del Eurótas sucias, el arpa eolia sepultada en cieno, rotos los vasos múrinos y rotas las ánforas etruscas, y el Salerno manchando en asqueroso *vomitorium* las togas de raquítricos mancebos.

II

Pero... voy al asunto. Aquella noche gozaba en un extremo del jardín con mi cíprida, la gloria que se puede gozar en lo terreno.

A favor de las sombras, mi adorada, aprovechando el sueño de su padre, buscaba mis caricias. A mis pies dormitaba Leal, el perro á quien debí la vida de mi madre... Pero roto el silencio por cercano rumor, ella recela que somos descubiertos y á mí se abraza con temblor nervioso cubriéndome de lágrimas y besos. ¡Figúrate á Leal, que vió un peligro! Gracias mil á que pude yo cogerlo é impedir que ladrara, amordazando al valiente animal con mi pañuelo. Luchaba el pobrecillo por soltarse, luchaba yo también por contenerlo, y ella á mi oído:—¡Mátale! decía. ¡Yo la miraba con asombro necio!... —¡Mátale!—repetía—¡por mi honra! Y yo, como un idiota, obedeciendo al magnetismo de sus negros ojos, apretaba mis dedos en la garganta de sedosas lanas. ¡Traición é ingratitud! Al ir muriendo, clavaba en mí la víctima sus ojos con un mudo estupor... que aun me da miedo.

Salí después de allí como insensato, y... ¡lo dicho!... no vuelvo.

III

Ella sé que me espera; mas, te digo que cuando por la calle me la encuentro, soberbia en su hermosura soberana, me asaltan horrorosos pensamientos. Asir su cabellera de azabache, y alrededor de su nevado cuello formar dogal de muerte con las trenzas que yo cubriera de candentes besos. ¡Arrancar ¡vive Dios! á sus pupilas la mirada angustiosa de mi perro!

MANUEL MERA SOLANO.



S. RIGNAL. — El juego de bolos



Pobre bruja!

El collar de brillantes

Era una encantadora joven, nacida, por un error del destino, en una familia de empleados.

No tenía dote ni esperanzas de ser amada ni casarse con un hombre rico y distinguido; y se dejó casar con un empleado del Ministerio de Instrucción pública.

Fué sencilla, no pudiendo ir compuesta, pero vivía desgraciada como si estuviera fuera de su centro.

Sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos, sufría con la pobreza de su casa, la desnudez de las paredes, lo gastado de los asientos, la fealdad de las telas. Todas esas cosas, de las que otra mujer de su clase no se daría cuenta, la atormentaban.

Cuando se sentaba para comer á la mesa, cubierta con un mantel de blancura dudosa, delante de su marido, que descubriendo la sopera con aire contento decía: «¡Ah, qué bueno es el puchero! Yo no sé que haya nada mejor que esto...», ella pensaba en las comidas finas, en la plata reluciente, pensaba en los platos exquisitos servidos en ricas vajillas, en las galanterías dichas al oído y escuchadas con una sonrisa de esfinge, mientras se come la carne rosada de una trucha ó las alas de un faisán.

No tenía trajes ni alhajas, y la gustaba todo eso; se sentía nacida para agradar, para ser envidiada.

Tenía una amiga rica, una compañera de convento, á quien no quería ir á ver por lo mucho que sufría á la vuelta; y lloraba los días enteros, de pena, de sentimiento, de desesperación.

* * *

Un día, su marido entró con aire satisfecho y teniendo en la mano un sobre grande.

—Toma,—la dijo,—es para tí.

Ella rompió el sobre y sacó una tarjeta que decía:

«El Ministro de Instrucción pública y madama Georgina Ramponneau, ruegan á M. y Mad. Loisel les hagan el honor de venir á pasar la noche al Hotel del Ministerio el lunes 18 de Enero.»

En lugar de alegrarse, como esperaba su marido, tiró despechada la invitación sobre la mesa, y dijo:

—¿Qué quieres tú que yo haga con esto?

—Pues, querida, yo pensé que te pondrías muy contenta. ¡Tú no sales nunca, y esta es una ocasión, y muy buena! Me ha costado un trabajo atroz el conseguirla; todos las quieren; son muy buscadas y no se han dado á muchos empleados. Allí verás á todo el mundo oficial.

Ella le miró friamente y dijo con impaciencia:

—¿Qué quieres tú que yo me ponga para ir á ese baile?

El, que no había pensado en aquello, balbuceó:

—Pues... el traje que llevas cuando vamos al teatro. A mí me parece muy bien;—pero se calló estupefacto, trastornado, al ver que su mujer lloraba.

—¿Qué tienes? ¿qué tienes?—la dijo.

Por un esfuerzo de su voluntad, ella reprimió su pena y dijo con calma enjugando sus ojos húmedos:

—Nada; sólo que como no tengo traje no puedo ir á esa fiesta; dale la tarjeta á algún amigo cuya mujer esté mejor equipada que yo.

El estaba desolado, y dijo:

—Dime, Matilde; ¿cuánto costará un traje conveniente que pueda servirte para otras ocasiones y que sea muy sencillo?

Ella lo pensó un rato, y luego le dijo:

—Yo creo que con cuatrocientos francos podré arreglarme.

El palideció un poco, porque tenía ahorrada aquella cantidad con el fin de comprarse una escopeta, una escopeta de caza, único placer que se permitía en toda su vida de empleado.

—Bueno; te daré los cuatrocientos francos, pero trata de comprar un buen vestido.

* * *

El día de la fiesta se acercaba, y Mad. Loisel parecía triste, ansiosa, inquieta, á pesar de que su traje estaba dispuesto. Su marido la dijo una noche:

—¿Qué tienes? Estás preocupada hace unos días.

Ella respondió:

—Me fastidia no tener ni una alhaja, ni una piedra, nada que ponerme. Iré como una pobretona, y mejor querría no ir á esa *soirée*.

El dijo:

—Ponte flores naturales. Por diez francos puedes comprar dos ó tres rosas magníficas. Ella movió la cabeza y dijo:

—No, no hay nada más humillante que tener aire de pobre en medio de mujeres ricas.

—Pues ves á ver tu amiga Mad. Forestier y dile si quiere prestarte alguna alhaja; creo que tienes bastante confianza para pedirle eso.

Ella dió un grito de alegría.

—Es verdad, tienes razón; no lo había pensado.

Y al otro día fué á casa de su amiga y le dijo su pretensión. Mad. Forestier fué á un armario, y sacando un ancho cofrecillo, lo puso delante de la joven y le dijo:

—Escoge, querida mía.

Y le presentó brazaletes, un collar de perlas, broches, y Matilde se los ponía y se miraba al espejo y no se decidía por ninguno; pero de pronto descubrió en un estuche de terciopelo negro una magnífica *rivière* de brillantes, y su corazón latió con violencia. Sus manos temblaban al tomar la joya, se la puso y se quedó estática delante del espejo; después dijo vacilando:

—¿Podrías prestarme esto? Sólo esto.

—Sí, hija mía; lo que tú quieras.

Abrazó á su amiga, besándola con transportes de agradecimiento, y echó á correr con su tesoro.

* * *

Llegó el día de la fiesta.

Mad. Loisel obtuvo un éxito; estaba más bonita que todas; elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría; todos los hombres la miraban preguntando su nombre y solici-

BIBERT



El convento sobre las armas

tando el serle presentados; todos querían bailar con ella. Hasta el Ministro se fijó y preguntó quién era.

Ella bailaba con frenesí, ébria por el placer, no pensando en nada más que en el triunfo de su belleza, en la gloria de su éxito, rodeada por una nube de felicidad, compuesta de todos estos homenajes, de todas aquellas admiraciones, de todos aquellos deseos despertados, de aquella victoria tan completa y tan dulce al corazón de las mujeres.

Se marcharon después de las cuatro de la madrugada; su marido, desde media noche, dormía en un silloncito con tres ó cuatro señores, cuyas mujeres se estaban divirtiendo mucho.

Echóla él sobre los hombros el pobre abrigo que tan mal sentaba con la elegancia del traje de baile, y ella corrió para que no le vieran aquel abrigo las otras señoras que iban envueltas en ricas pieles. Loisel la decía:

—Espera, vas á coger una pulmonía; voy á ver si encuentro un coche.

Pero ella no le escuchaba y bajaba precipitadamente la escalera.

Cuando estuvieron en la calle, empezaron á andar en busca de un coche, tiritando y desesperados; por fin encontraron uno que los llevó, y al subir las escaleras de su casa, pensaban con tristeza, ella que todo había concluído y él que á las diez tenía que estar en el Ministerio.

Matilde se quitó el abrigo y fué al espejo á mirarse otra vez en sus glorias; pero dió un grito, porque vió que no llevaba la *rivière*.

Su marido, que ya estaba desnudándose, la dijo:

—¿Qué tienes?

Ella se volvió como una loca.

—Que... que... no tengo los brillantes de Mad. Forestier.

Irguióse él asustado.

—¿Qué?... ¿Cómo? ¡Eso no es posible!

Y buscaron en los pliegues del traje, pero nada se encontró, y el pobre hombre, volviéndose á vestir, salió desesperado.

Ella seguía en traje de baile sin acostarse, muerta de frío y de angustia.

Loisel volvió por la tarde con la cara pálida, trastornado; no había encontrado nada, á pesar de sus pesquisas.

—Tienes que escribir á tu amiga que se ha roto el broche y que así que lo compongan se lo llevarás; eso nos dará algún tiempo hasta ver.

Al cabo de una semana ya no tenían esperanza, y Loisel, que había envejecido cinco años, dijo:

—Hay que comprar otra joya igual para tu amiga.

Entonces fueron de joyero en joyero, buscando una joya igual, enfermos de pena y de angustia.

Por fin encontraron una por la cual les pidieron cuarenta mil francos; pero se la dejaron en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que no la vendiera hasta esperar tres días, y le pusieron por condición que la volvería á tomar por treinta y cuatro mil francos si la alhaja perdida se encontraba antes de fin de Febrero.

Loisel poseía diez y ocho mil francos que le había dejado su padre; tenía que tomar prestado lo restante; firmó pagarés ruinosos, comprometió su firma con usureros, y espantado por las angustias del porvenir, por la negra miseria que se cernía sobre ellos, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fué á buscar la nueva *rivière* y puso sobre el mostrador del comerciante los treinta y seis mil francos.

Cuando Mad. Loisel devolvió la alhaja á Mad. Forestier, ésta no abrió el estuche, que es lo que ella temía, no fuera á notar la sustitución y la tomara por una ladrona.

*
* *
*

Mad. Loisel conoció la vida horrible de las necesidades, pero tomó su partido heroicamente y no trató más que de pagar aquella deuda; despidió la criada y se fueron á vivir á una bohardilla.

Conoció los trabajos de la casa, el odioso oficio de la cocina; lavaba la loza, jabonaba la ropa, las camisas y hasta las rodillas; bajaba la basura y subía el agua, deteniéndose en cada descansillo para respirar; vestida como una mujer del pueblo, hacía toda clase de compras, regateando y defendiendo los céntimos, porque cada mes había que renovar los pagarés y pagar otros.

El marido trabajaba por la noche en arreglar las cuentas de un comerciante y copiaba á cinco céntimos la página.

Esta vida duró diez años. En este tiempo lo pagaron todo, el capital y los réditos.

FANTASÍAS FEMENINAS



Belleza parisién



Belleza oriental

Mad. Loisel era una vieja; se había hecho fuerte y dura, mal peinada, con las manos encarnadas; hablaba á gritos y fregaba el suelo; pero algunas veces, cuando estaba sola, pensaba en aquel baile, donde había estado tan hermosa y tan festejada.
¿Qué hubiera sucedido si la joya no se llega á perder? ¿Quién sabe? ¿quién sabe?
¡Qué extraña es la vida! ¡Y en qué poco estriba que uno se pierda ó se salve!

*
* *

Un domingo fué á dar un paseo á los Campos Eliseos y encontró á Mad. Forestier, siempre joven y bella, siempre seductora.

Mad. Loisel se sintió conmovida y fué á hablarle.

—Buenos días, Juana,—la dijo.

La otra no la reconocía y se asombraba de ser llamada en tono tan familiar por una mujer del pueblo.

—Señora,—la dijo,—usted se equivoca.

—No: yo soy Matilde Loisel.

Su amiga dió un grito.

—¡Oh!... mi pobre Matilde, ¡cómo has cambiado!...

—Sí, he pasado muchos trabajos desde que no nos vemos, y muchas miserias... ¡Y todo por causa tuya!

—¡Mía!... ¿Cómo es eso?

—¿Te acuerdas de la *rivière* de brillantes que me prestaste?

—Sí: ¿y qué?

—Pues la perdí.

—¡Cómo! si me la devolviste.

—Te devolví otra igual, y hace diez años que la estamos pagando; ya comprenderás que era mucho para nosotros, que no teníamos nada.

Mad. Forestier la dijo:

—¿Dices que has comprado una *rivière* de brillantes para reemplazar la mía?

—Sí. No lo has notado, porque era igual.

Mad. Forestier, muy emocionada, la cogió las dos manos y le dijo:

—¡Oh! ¡Pobre Matilde! ¡Pero si la mía era falsa, y lo más que valía eran doscientos cincuenta francos!

GUY DE MAUPASSANT.

Una lección de maestro

Cierto maestro de escuela de un pueblo de Santander, invitado fué á comer en la boda de Manuela.

El pobre acudió al festejo, llevando por toda gala, sobre una levita mala, un gabán raído y viejo.

Y los novios en cuestión, así que tal facha vieron, que comiera dispusieron en el último rincón; y era el pobre tan prudente, ó si se quiere tan tuno, que no dió valor alguno al desprecio de la gente.

.....

Mas nueve meses después, tuvo un vástago Manuela y envió al maestro una esquila con invitación cortés.

Pero entonces fué arreglado con un gabán muy hermoso, que algún amigo piadoso le había, quizá, prestado.

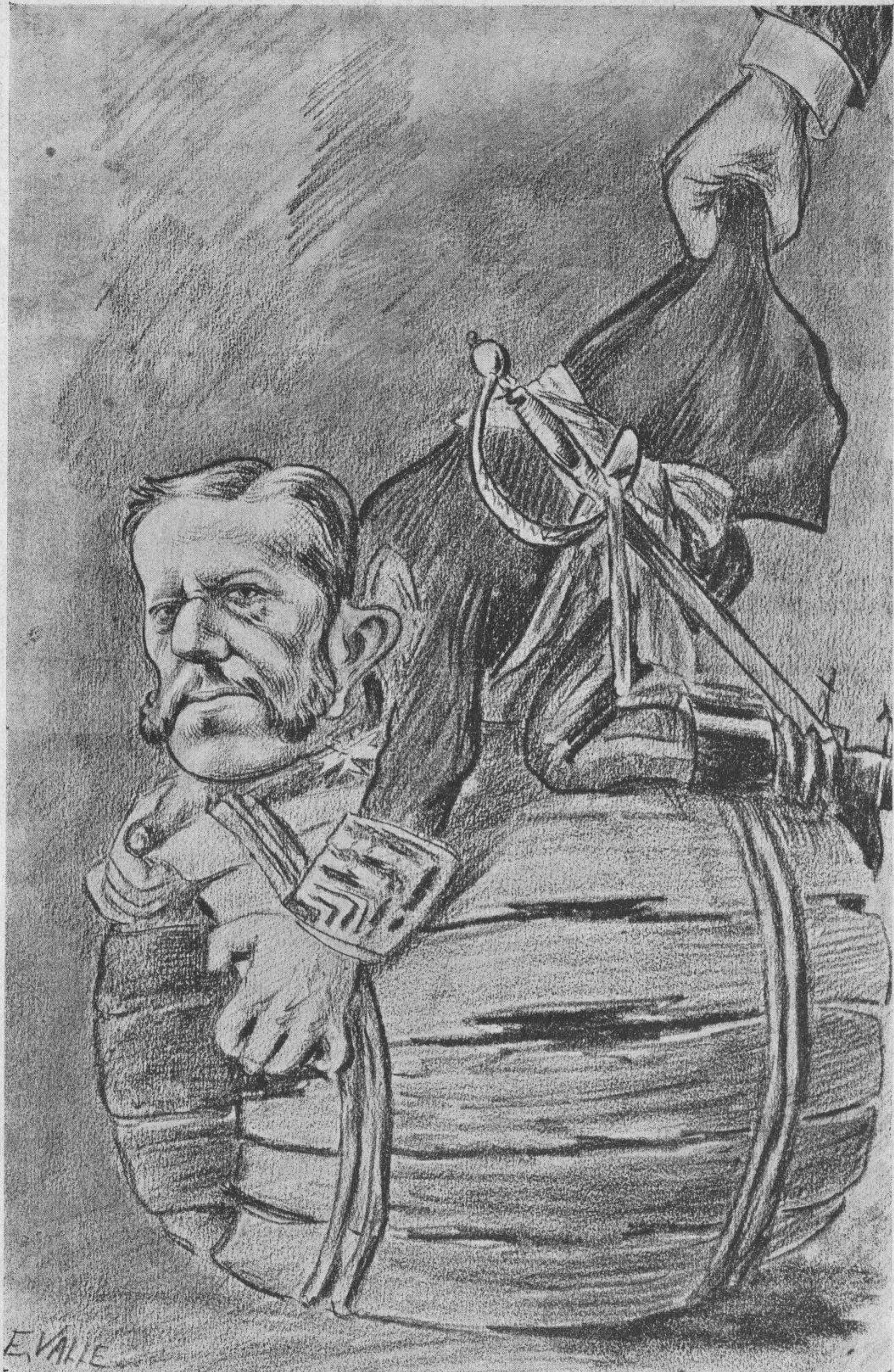
Y al hallarse en su presencia atentos le saludaron, y en la mesa le otorgaron

el sitio de preferencia.

El, mientras todos comían, metía con raro afán las mangas de su gabán en las salsas que servían, y los demás admirados y con justicia á mi ver de aquel sacar y meter las mangas en los guisados, le preguntaron:—¿Qué hacéis? ¿es que habéis perdido el juicio?...
—No tal—contestó propicio— de esto la causa sabréis. Cuando vine convidado por primera vez aquí... nadie hizo caso de mí: ¡traía un gabán usado!

Hoy, que al volver traigo puesto un *paletot* de primera siéntanme en la cabecera de la mesa, y juzgo de esto, que siendo el mismo hoy que ayer, y otros vuestros ademanes, lo que alcanzan mis gabanes yo no lo pude obtener; y pues éste mereció el sitio más elevado, no hay duda que el convidado es mi gabán y no yo.

ENRIQUE LOPEZ MARÍN.



Por mucho que le tiren
de los faldones
¡no soltará él la cuba
ni á tres tirones!



El primer cuento

—Pues, señor...

—¿Qué señor?

¡Ah! lo olvidaba: el rapaz había entrado en el estudio triunfalmente, caballero en largo bastón, y sin más armadura que una camisa cubriéndole á duras penas el ombligo; un casco de papel (periódicos, de fecha remota, en que con gruesos caracteres se leía *El Gran Napoleón*), puntiagudo y arreglado según las trazas, por su madre, engalanaba la cabeza, sujetándole en las sienes los cabellos rubios, atropellados en blandas sortijillas sobre la oreja y la nuca. En viéndome, echó el caballo, encaramóse por el espaldar del sillón, y agarrándoseme al cuello, se dejó caer blandamente en mi regazo. En seguida, mirándome de hito en hito, y como si se le saliese el alma curiosa por aquellos rasgados y negros ojos, balbuceó picarescamente:

—Mamá ha dicho que me *contes* un cuento.

—Pues, señor...

—¿Un señor que tiene los bigotes largos, como papá?

Ya se ve: á ustedes no les importa si papá es bigotudo ó lleva la cara limpia de pelo; pero ¡fíe usted en la discreción de los chiquillos! Este es como todos: un diablo en figura de ángel, que aturde y enamora con sus juegos. Sus cuatro años talluditos le dan mucha gracia; pues si bien hace cabalmente tres que rompió á hablar, y charla por los codos, y dice muchas picardías, que debió enseñarle el diablo, su lengua parece prendida con alfileres y corta las palabras por el lugar más á propósito para excitar la risa y para que sepan á miel sabrosa...

—Pues, señor... ¡Un cuento! ¿Qué cuento compondré que tú lo entiendas? ¡Demonio de monicaco! ¿Sabes tú lo que es un cuento?

Podría jurar que el chiquillo no entendió: abriendo mucho los ojos y con cierta curiosidad maligna, obra del instinto, repitió tirándome de las solapas:

—¡Un cuento! ¡un cuento!

—Corriente: verás tú lo que le pasó á un muñeco revoltoso porque martirizaba á su padre.

—¡Un rey, un rey!—exclamó la criatura.

—Bueno, un rey.

—Un rey que tenía el *cabalo* blanco.

—Blanco, cielín; pero ¿vas tú á contar el cuento?

—*Conta, conta.*—Y esto lo decía el rapaz, palmoteando de gusto.

—Pues, señor: era un rey que tenía el caballo blanco...

Nueva interrupción: púsose de un brinco en pie la criatura, y abrazándose otra vez á mi cuello, y como si me fuera á sorber con la mirada:

—¿Qué es un rey?—preguntó.

—A ese paso, pronto sabrás lo que le sucedió al revoltoso... Pues, un rey es un señor...

—¿Como tú?

¡Y vaya usted á decirle lo que es un monarca á un niño de cuatro años!

—Un rey es como un general mayor, que manda en todos los generales...

—¡Ah!

Ya satisfecho el preguntón, volvió á tomar cómoda postura en mis rodillas.

—Pues, señor: era un rey que tenía el caballo blanco...

—Sí, y era como un gigante.

—Eso es, muy alto.

—Y tenía un bigote así... así...

Y extendía los bracitos para explicar la extensión del mostacho, que á él se le antojaba, por lo visto, como el de Barbarroja. ¡Pero esta criatura no sueña más que con bigotes!

—Ni más ni menos, gloria. Tenía un caballo...

—Que corría, corría *pol* las montañas...

—Hombre no; por las montañas no corren caballos...

—El *cabalo* del rey—observó sentenciosamente.

—Sin duda: corría por los montes...

—¿Y el rey *tamién* corría?

—El rey iba á caballo... Pues, señor...

¡Oh, que desgracia!

Y preguntarán ustedes: ¿se despeñó la regia cabalgadura? Peor, mucho peor: no puedo seguir el cuento, y quédome sin explicar lo que aconteció al muñeco revoltoso porque martirizaba á su padre. Mi gloria, mi cielín, se me ha dormido en los brazos, y apostaría que sueña en qué para aquel rey que galopa á *cabalo* por las montañas azules de su endeble imaginación...

J. FERNÁNDEZ LUJÁN.

¡Se comprende!

—¿Te casaste?

—Me casé.

—¿Y estás contento?

—En el cielo.

Busqué una mujer modelo
y á mi gusto la encontré.

—Pues tú estás desfigurado;
los ojos los tienes dentro
de la cabeza, y te encuentro
horribilmente delgado.

—¿Tanto es?

—Tanto, Joaquín,

que no ha de faltar quien crea
que te licencias de oblea,
ó estudias para espadín.

—Pues como divinamente
y bebo mucho mejor.

—¿Y tu esposa?

—Superior;

un apetito excelente.

—¿Bueno, eh?

—Voraz, Ramón.

Aurora, al comer, devora,
y lo que devora Aurora
alimenta á un escuadrón.

—¿De veras?

—Tú juzgarás

si es exagerado; ayer
se ha comido mi mujer
lo siguiente; tú verás.

Desayuno: una gran taza
de chocolate con leche,

cuatro libras de escabeche,
y dulce de calabaza.

Para almuerzo: una docena
de huevos, medio jamón,
siete tortillas al ron,
una gallina rellena,
una pata de cordero
hogaza y media de pan,
doce pasteles, un flan,
y un queso de bola, entero:

Para comer: la sopera
llena de arroz; el cocido,
un choto recién nacido,
asado, media ternera
mechada, quince perdices,
una oveja en estofado,
once libras de pescado,
treinta y cinco codornices,
la mar de almendras tostadas,
cinco gelatinas frías,
dos melones, dos sandías
y tres cidras endulzadas.

Para cenar...

—¡Calla ya,

que con esa relación,
me dará una indigestión
que no se me curará!

¡Qué mujer, por Belcebú!

—Su estómago es un abismo.

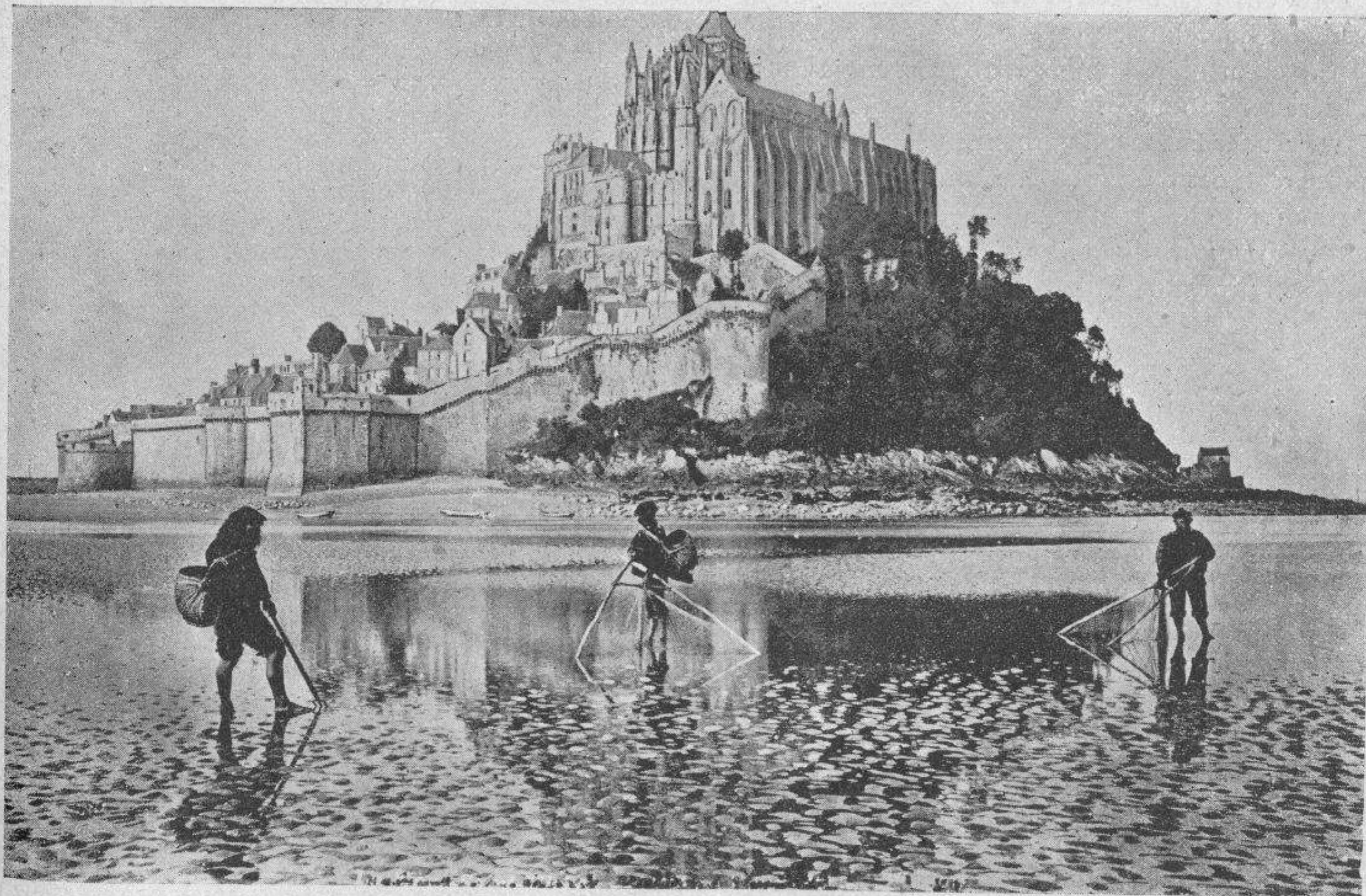
—¿Y para todo es lo mismo?

—Para todo.

—¡Así estás tú!

EDUARDO GARCÍA.

ALREDEDOR DEL MUNDO



Monasterio del monte de San Miguel, en las montañas de Tesalia



Pensamientos.

Una mujer con quien nunca podemos casarnos es... la hermana de nuestra viuda.

El matrimonio es una sociedad colectiva que con el adulterio se convierte en anónima.

Un cuerpo que comunique la electricidad y un hombre que ocupe el pescante de un ómnibus, tienen iguales deberes: ambos han de ser buenos conductores.



Toca muy bien el piano
mi Lola,
y su primo Robustiano
la viola.

F. Méndez.



Un amigo mío tiene escrito un drama que piensa entregar á Vico para que lo estrene cuando venga á Barcelona.

En el primer acto sale un personaje que no quiere ser conocido:

Al cruzar la escena embozado en su capa, tropieza con otro personaje, á quién dice al oído, para que no le descubra:

—¡Soy mi hermano don Fadriquel!
Y se retira muy satisfecho.



Me gusta el sol en invierno
cuando brilla y me calienta;
y más me gusta en verano,
cuando brilla... por su ausencia.

S. Ust.



Hemos recibido la *Guía oficial del servicio diario de Correos*, que con merecida aceptación y general aplauso publica el Administrador principal del ramo en Barcelona, don José Primo de Rivera.

El cuaderno que ha tenido la amabilidad de mandarnos el indicado señor corresponde al mes de Junio, y en él (en el cuaderno ¡claro!) encontrarán datos utilísimos y noticias interesantes

cuantos por un concepto ú otro necesiten utilizar el servicio de Correos ó el de Telégrafos.

Dicen que se vende como pan bendito y yo me alegro, porque la obra lo merece.

Correspondencia

A. C.—Madrid.—Forma premiosa; asuntos manoseados. Sin embargo, puede que si sigue usted probando...

A. D. C.—Madrid.—Sositos, sositos. ¡Ah! y el verso
te voy á romper la cabeza

me encarga participe á usted que por ahora, y en vista de los males que afligen á la patria, piensa seguir teniendo como siempre nueve sílabas.

Ginés de Pasallano.—¡Buen papel y buena letra tiene el amigo Ginés!
Los cantares... lo contrario que la letra y el papel.

A. S.—Madrid.—Se publicará, sí, señor. Y gracias ¿eh?

E. de H.—Barcelona.—Pues no sé qué hacer. Porque los versos son fáciles, fluidos y bien hechos. Pero el asunto ¡es el eterno asunto de la declaración amorosa en verso! Y francamente, á estas alturas...

E. M.—Barcelona.—Precisamente estoy preparando un número así. Porque creo como usted, que eso siempre gusta.

D. M.—Barcelona.—Aceptada.

Siento en el alma que la falta de espacio, de humor y de tiempo me impida decir á los señores C. G., Chano, M. R. (Barcelona).—T. Z. y M. E. (Madrid), H. de J. (Valladolid) y Bebé (Salamanca), por qué razones no son publicables las composiciones con cuya remisión me han honrado.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA
Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, d: Serra H^{mos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona